

El vértigo transformista

Antinomias del lopezobradorismo en México

HUMBERTO MÁRQUEZ COVARRUBIAS*

Dilucidar en qué forma de gobierno y en qué proyecto de desarrollo se traducirá el poder social de más de 30 millones de votantes representa un enigma en los primeros días en que Andrés Manuel López Obrador ha asumido la presidencia de la República mexicana. Sin embargo, los primeros pasos registrados en los pactos políticos para la formación de la coalición electoral y la formación del gobierno, aunado a los discursos y decisiones iniciales, la integración del gabinete y las prácticas parlamentarias, anticipan un gobierno ambiguo y contradictorio que eventualmente promoverá cambios en el entramado institucional pero sin alterar el orden social establecido. Analizar los componentes ideológicos y políticos del movimiento lopezobradorista y sus repercusiones en el proyecto de desarrollo nacional es el cometido de este texto.

Preámbulo

Ubicada en el imaginario del nacionalismo revolucionario, la llamada «cuarta transformación» describe una secuencia básica de la historia patria que va de la Independencia (1810-1821), la Reforma (1857-1861) y la Revolución (1910-1917) para dar paso a una siguiente etapa idealizada, que se atreve a autonombrarse sin haber comenzado ni definido con precisión su contenido, que pretende superar al neoliberalismo (1982-2018), la última gran transformación del capitalismo mexicano, pero desde una vía reformista dentro del capitalismo subdesarrollado, y en modo alguno vislumbra un horizonte poscapitalista (palabras como socialismo o comunismo no entran en el vocabulario del «cambio»).

*Docente investigador, Unidad Académica en Estudios del Desarrollo, Universidad Autónoma de Zacatecas

¹ Entre los referentes inmediatos, a los cuales sin embargo no se alude, se encuentran los proyectos posneoliberales latinoamericanos: el llamado giro progresista, populista y neodesarrollista;

Con certeza, antes que en una «cuarta transformación», estamos en un interregno, un momento de transición, que aún no define con claridad su derrotero. Hay signos de todo tipo, contradictorios los más, que anticipan múltiples líneas de continuidad dentro del modelo económico-político, antes que verdaderos intentos de cambio. No obstante, también está latente la conformación de una fuerza social que empuje hacia cambios progresivos, aunque lentos y reformistas. La agenda de una gran transformación está apenas por esbozarse, y no necesariamente estará escrita por el gobierno. La pregunta crucial es ¿cuál es el sentido de la transformación que alentará el nuevo gobierno?, ¿se inscribe dentro del capitalismo o abre opciones fuera de ese ámbito?, ¿se pugnará por un cambio

además con el atenuante de que no se adopta ningún pronunciamiento antiimperialista, al contrario, se asume comedidamente la subordinación histórica a la égida estadounidense.

profundo en el régimen político y en el modelo económico, es decir, en el patrón de acumulación?

Para un gobierno emergente, implementar un proyecto de transformación significa un gran reto, porque, sin contar sus debilidades propias, enfrente tiene el contrapeso del poder de la oligarquía y sus adversarios, y a su lado el de sus aliados entre quienes se cuentan a sectores que forman parte del *establishment* y no están dispuestos a promover cambios genuinos, y otros más que han sido opositores permanentes pero son condescendientes y están prestos a pactar con los adversarios para mantener una supuesta estabilidad del sistema en su conjunto, por lo cual se ejecutarían políticas y acciones que no apuntan necesariamente a un cambio verdadero sino a un *gatopardismo* («Si queremos que todo siga como está, es preciso que todo cambie»).^2

Bosquejo del *lopezobradorismo*

Habemus presidente legítimo

La candidatura presidencial de Andrés Manuel López Obrador (AMLO) tuvo un éxito arrollador en el proceso electoral federal al sumar más de 30 millones de votos que le confieren

²Giuseppe Tomasi di Lampedusa, *El gatopardo*, Barcelona, Vergara, 1980.

una gran legitimidad. El triunfo de la coalición *lopezobradorista* responde a diversos factores: a) la crisis del proyecto neoliberal, la deslegitimación del sistema político y el conflicto interburgués, que ocasionaron una fractura del bloque dominante y la incapacidad de consolidar una candidatura ganadora y, al propio tiempo, la desarticulación de la izquierda más genuina y radical para postular una candidatura; b) la formación de una fuerza electoral pragmática de izquierda-centro-derecha apuntalada por un discurso elusivo que no permite detectar los intereses que entrafia el proyecto y lo suficientemente ambiguo y contradictorio para captar votantes de todas las clases y sectores; c) la acumulación de indignaciones y agravios entre las clases populares que se volcó en contra de los partidos que han gobernado en los dos últimos sexenios y en consecuencia respaldaron la candidatura *lopezobradorista*; y d) la conformación de una subjetividad reformista y conciliadora que troqueló un sentido común para capitalizar el malestar social y, al mismo tiempo, ofrece amnistía a empresarios, políticos y delincuentes.

A la vieja usanza

AMLO es un político emanado de la vieja escuela priista y fogueado por la izquierda electoral; más que un izquierdista consumado es un nacionalista a la usanza del priismo tardío que mezcla el liberalismo, el populismo, la socialdemocracia y el reformismo. En el rejuogo del simbolismo palaciego se aviene como un caudillo posrevolucionario que quiere estar a la altura de sus ídolos liberales, sobre todo Benito Juárez, forjador de la república burguesa mexicana. Si algo

Para conectar eficazmente con la masa electoral en la plaza pública, el discurso populista se propala sin importar su carácter machón. El broche de oro de esa fraseología se sintetiza en el acto de unción del Zócalo capitalino: «Yo ya no me pertenezco, yo soy de ustedes, soy del pueblo de México».



distingue al candidato triunfante es su voluntad de poder, su determinación de ascender a la cúspide del poder político estatal sin importar principios y pactos, ante la sublime pretensión de figurar en la historia. En lugar de sentar las bases de una transformación social sustantiva, hacia otra organización social y económica, su proyecto de nación se conforma con afinar la maquinaria estatal, depurarla de la corrupción e instaurar la austeridad, para con ello, supuestamente, reanimar el desarrollo capitalista nacional.³

El oráculo mayor es el pragmatismo político y las «señales del mercado». Así lo entiende quien se destaca como un operador calculador, voluntarioso y acomodaticio, pero no por ello un estadista o visionario. Para conciliar el carrusel político de izquierda-centro-derecha, recurre al juego del equilibrista, donde es posible gobernar «para ricos y para pobres», aunque, cada vez con más desparpajo, inclina la balanza hacia los grandes empresarios e inversionistas extranjeros, pero si la ocasión lo amerita, aunque con menor frecuencia y menos convicción que en el pasado reciente, suelta la arenga: «Por el bien de todos, primero los pobres».⁴

La vena populista es muy persuasiva y se basa en los atributos de un solo hombre, no en la construcción de poder popular orgánico. Según los adeptos, él es el más capacitado, acaso el único, para gobernar, pues le atribuyen el don de la terquedad, la osadía de haber recorrido el país dos o más veces y en ese periplo haber convivido con el común de la gente, además de haberse postulado a la presidencia en tres ocasiones ostentando una personalidad inmaculada de honestidad, dotado de la valentía para enfrentar a los poderes fácticos y soportar sendos fraudes electorales en 2006 y 2012, sin olvidar que es autor de libros sobre historia nacional, política y planes de gobierno. En la era del internet y las telecomunicaciones, la itinerantica del candidato perpetuo lo habría dotado de un bagaje que difícilmente otro ilustre mexicano exhibiría para gobernar. En el extremo, algunos seguidores fieles le atribuyen facultades divinas, no en balde su personalidad ha sido largamente troquelada como la de un mesías y un iluminado.⁵

Para conectar eficazmente con la masa electoral en la plaza pública, el discurso populista se propala sin importar su carácter machón. El broche de oro de esa fraseología se sintetiza en el acto de unción en el Zócalo capitalino: «Yo ya no me pertenezco, yo soy de ustedes,

soy del pueblo de México».⁶ No obstante, pese a pronunciar innumerables discursos en mítines, foros y medios de comunicación, es notable que AMLO ha perdido capacidad oratoria y debilitado sus facultades como debatiente, pues más que un ideólogo, un estratega o estadista, se ha tornado en un orador mediano que recurre a un discurso aletargado y una retórica contrahecha y extremadamente repetitiva. Como buen político profesional, el discurso obradorista es demagógico, en el sentido de que a la menor provocación profiere promesas que al instante son populares, que se repiten incesantemente para mayor efectismo en los más diversos foros, aunque de antemano se sabe que los ofrecimientos no habrán de cumplirse o se simulará hacerlo, pues las verdaderas intenciones no se enuncian, como si se tratara de cosas que el pueblo no necesariamente tiene que saber. De manera contrafactual, es improbable que, siendo realistas, si se hubiera dicho, por ejemplo, que se reemplazaría a la policía federal con una policía militarizada, que se tejería una alianza estratégica con los grandes empresarios y que se perdonaría a los políticos corruptos,⁷ hubiera obtenido la avalancha de votos que le permitieron ganar de manera inobjetable. Es cuestión de emitir determinadas palabras según el cálculo político en el momento oportuno, según el perfil del auditorio.

Ideocracia

La ideología obradorista abreva de varias fuentes: populismo, nacionalismo burgués, democracia liberal y moralismo cristiano, todo dentro de los márgenes del capitalismo, y en buena medida dentro del «neoliberalismo con rostro humano» o liberalismo social. Pero es la crisis del régimen político (crisis del Estado mexicano, fractura en la élite, resquebrajamiento del esquema

³ El combate a la corrupción ha sido una bandera de la derecha para dismantelar al Estado y la austeridad que pregonan es un dispositivo neoliberal.

⁴ Andrés Manuel López Obrador, *Un proyecto alternativo de nación*, México, Grijalbo, 2004.

⁵ Rodrigo Vera, «López Obrador, el candidato de Dios», *Proceso*, 14 de junio de 2018, en <https://www.proceso.com.mx/538377/lopez-obrador-el-candidato-de-dios>; Redacción, «Muñoz Ledo califica a AMLO como «un iluminado» y un «hijo laico de Dios»; pide a los mexicanos cuidarlo», *Sin Embargo*, 2 de diciembre de 2018, en <https://www.sinembargo.mx/02-12-2018/3505781>

⁶ Andrés Manuel López Obrador, «Andrés Manuel López Obrador Zócalo CDMX», 1 de diciembre de 2018, en <https://www.youtube.com/watch?v=EqY0knVsglo>

⁷ Por ejemplo, ante los dueños de Televisa, dijo que esa es una empresa «extraordinaria» y un «orgullo para el país» (Andrés Manuel López Obrador, «Televisa es extraordinaria y un orgullo para el país: AMLO», 29 de octubre de 2018, en <https://www.youtube.com/watch?v=8jxgs1MjiLo>).

de representación partidario, hartazgo social) lo que posibilita el ascenso del proyecto nacionalista, que ideológicamente se impregna de populismo, mediante un discurso que divide a la sociedad en dos grandes bloques homogéneos y antagónicos: por una parte, el pueblo bueno y sabio, sin divisiones de clases ni conflictos internos, donde caben ricos y pobres, al cual se dice representar, y, por otra parte, una élite corrupta y rapaz, de la cual hay que defenderse y desterrar, pues está forma una «mafia del poder»,⁸ un sector empresarial y político que se ha enriquecido a costillas del patrimonio público. De ello se desprende que el principal problema nacional es la corrupción; no el capitalismo, al cual si acaso hay que humanizar, hacerlo viable. Entonces, la principal política consiste en combatir la corrupción, reconstruir las instituciones y canalizar los recursos que se liberen de ese flagelo, los cuales supuestamente serán suficientes para detonar el desarrollo, sin necesidad de hacer una reforma hacendaria progresiva, expropiar terratenientes o monopolios que depredan la naturaleza y sobreexplotan el trabajo ni tampoco gravar las altas ganancias, revalorizar la fuerza de trabajo, reconstruir la economía pública y social, etcétera.

En su oda al buen burgués nacionalista, AMLO advierte que, en México, como si fuésemos una excepción dentro del capitalismo mundial, no opera la explotación, aquí los empresarios son gente buena, cuando mucho cometen el pecado de la corrupción.⁹ En México, el régimen político ha propiciado que el trabajo se regale desmedidamente, una situación rayana en la superexplotación. En el polo opuesto, los magnates empresarios han

acumulado fortunas inconmensurables, no obstante, AMLO dice que en el país no hay explotación, que esa teoría no opera. El imperativo categórico de los burgueses, las utilidades, a costa de lo que sea, es *peccata minuta*.¹⁰ No sorprende, entonces que el consejo asesor del presidente en materia económica estará integrado por los plutócratas que antes eran «mafiosos».

Simbología laico-cristiana

En el discurso político nacionalista y laico del obradorismo se ventilan ráfagas de proselitismo religioso que proyectan su lado derechista, conservador, moralista y proempresarial. Sin tapujos, AMLO se declara cristiano-evangélico, inclusive algunos de sus nuevos funcionarios se dicen «marxistas guadalupanos». La coalición política lopezobradorista incluyó a sectores de la ultraderecha evangélica (PES) y del panismo, incluyendo al Yunque. El propio acrónimo de Morena, como lo ha admitido AMLO, tiene una alusión a la pigmentocracia del pueblo mestizo y a la virgen de Guadalupe, la «morenita», imagen que se refuerza con su lema de «la esperanza de México».¹¹

El manejo estratégico y confuso de símbolos religiosos y políticos genera amplificados réditos electorales, pero es muestra de que la mezcla de las morales liberal y cristiana no es más que expresión de la moral de la sociedad burguesa que campea. Una moralidad criptocristiana que ha sido larvada por el lopezobradorismo con ideas como la «república amorosa», la «constitución moral», la «cartilla moral» o «código del bien» y el mandato de «no robar, no mentir y no traicionar». Cada vez más, el sello distintivo de la retórica de AMLO es confundir o mezclar preceptos republicanos con sentencias religiosas.¹² Ni siquiera los cristeros panistas, que ocuparon la presidencia, se atrevían a hacer esos desplantes.

En esa lógica, el gobierno se apresta a difundir masivamente *La cartilla moral*, no así la *Constitución política*. Inusitadamente, el

⁸ Andrés Manuel López Obrador, *La mafia que se adueñó de México... y el 2012*, México, Grijalbo, 2010.

⁹ Asevera: «La corrupción es la causa principal de la desigualdad social y económica (...) Los académicos más clásicos se quedaron con la idea de que la desigualdad se produce por la explotación que se hace de los trabajadores, que el burgués explota al proletariado, que se va acumulando ganancias y que éstas se las apropia el dueño de los medios de producción y que por eso es la desigualdad y la pobreza. Pero en México no aplica esa teoría del todo. Aquí las grandes fortunas se han acumulado mediante la corrupción al amparo del poder público» (Andrés Manuel López Obrador, «AMLO en Los Reyes Acaquilpan, Estado de México», 20 de junio de 2018, en <https://www.youtube.com/watch?v=04zqGpsr-is>).

¹⁰ En términos del valor, en sólo nueve minutos el obrero que percibe un salario mínimo en ocho horas de trabajo genera el valor equivalente a su sueldo, el resto del tiempo de trabajo (7 horas 51 minutos) significa trabajo gratuito para el empleador, en esa medida tiene que trabajar alrededor de 20 horas para poder comprar una canasta básica de alimentos, según se estimaba para 2012 (Juan Carlos Miranda, «Un trabajador con salario mínimo genera el valor de su sueldo en sólo 9 minutos», *La Jornada*, 7 de mayo de 2012, en <https://www.jornada.com.mx/2012/05/07/economia/023nieco>). Esta situación se ha venido agravando con la espiral inflacionaria y la política de contención salarial.

¹¹ Quien fungirá como jefe de gabinete, una suerte de vicepresidente, Alfonso Romo, también cuenta con un origen ultraconservador. Además de su membresía en la alta burguesía mexicana, ha pertenecido a grupos ultraconservadores, como el Opus Dei y Legionarios de Cristo, además de haber tenido vínculos con Pinochet y Salinas. El propio AMLO lo señaló como parte de la «mafia del poder» (Andrés Manuel López Obrador, *La mafia que se adueñó de México...*).

¹² Un botón de muestra: «No pagar a los maestros es anticonstitucional y antibíblico: «No retendrás el salario del jornalero hasta el día siguiente» (Levítico)» (Andrés Manuel López Obrador, 31 de julio de 2016, en https://twitter.com/lopezobrador_/status/759966256896233476?lang=es). «Nosotros somos respetuosos y veneramos a la Virgen de Guadalupe y a Benito Juárez».

Estado pretende aleccionar a la ciudadanía sobre moral desde nociones como alma y espíritu, como si el orden metafísico, más allá de la realidad material, explicara los problemas sociales. La «Constitución moral» se basa en la *Cartilla moral* de Alfonso Reyes,¹³ un texto originalmente redactado en la década de 1940 por el gobierno de Manuel Ávila Camacho para contraponerse a la educación socialista impulsada por el cardenismo,¹⁴ pero que fue desechado y no incluido en la campaña de alfabetización, aunque pervivió en las sombras como suerte de credo laico de la comisión de ideología del priismo, para luego salir de nuevo a la luz cuando fue impreso por el priista Miguel de la Madrid como parte de su campaña de «renovación moral», precisamente como preámbulo a la implantación del modelo neoliberal, y ahora intenta ser rescatado y convertido en una suerte de manual de conducta o código de preceptos metaconstitucionales no obligatorios de una ilusoria república amorosa.¹⁵

Desde la temperancia cristiana, el diagnóstico es simplista: los grandes problemas nacionales se explican por la falta de valores y la desintegración familiar, es decir, se enarbola el reclamo recurrente del conservadurismo religioso. A fin de verter la moral cristiana al civismo, el Estado aparece dictando normas de comportamiento. Desde el púlpito laico, el discurso público asume tintes clericales y se pronuncia como una liturgia laica («El hombre se educa para el bien» o «no robar, no mentir y no traicionar») dirigida a millones de personas despojadas, explotadas, violentadas e indignadas, que pese a todo aún conservan una esperanza de cambio, encarnada en este caso por un personaje mesiánico, constructor de la tal república amorosa.¹⁶

No es una novedad que las clases dominantes y la religión exalten la moral, y que la necesidad

material de las clases populares escape a esa presunción.¹⁷ Pero en la construcción ideológica, la moral capitalista, donde prima el Dios dinero, confiere el triunfo a la burguesía que subyuga a las clases subalternas para desposeerlas, explotarlas y dominarlas a fin de acaparar, acumular y derrochar. Pero esa no puede ser la moral de las clases populares y de un proyecto de transformación social. En vez de una moral cristiana y de una moralidad burguesa se precisa de una ética política crítica para identificar los principios del cambio social, los cuales responden a las necesidades materiales de existencia, que desde una perspectiva popular emanan de una economía moral¹⁸ y de una ética crítica,¹⁹ no de un moralismo idealista burgués y clerical.

Restauración del presidencialismo

La formación del gobierno triunfante asume el perfil del cesarismo o el bonapartismo democrático a la mexicana.²⁰ El gobierno lopezobradorista surge de una profunda crisis del régimen económico-político con un fuerte e inusitado respaldo popular electoral que confiere al presidente grandes atribuciones políticas para gobernar los aparatos del Estado (salvo el judicial) y eventualmente cambiar las leyes y la propia Constitución. Las atribuciones de un hombre fuerte pueden ser ventajosas si está comprometido con la gran causa de la transformación social y para ello promueve la concientización, organización y participación de las clases populares; pero también pueden ser contraproducentes si el poder se fetichiza en la figura de un líder máximo y, peor aún, incuba tendencias autoritarias (las convicciones personales del líder como el camino a seguir), justifica sus proyectos con el apoyo plebiscitario del pueblo sabio (consultas a modo que buscan convalidar decisiones tomadas previamente), pretende pacificar el país profundizando la militarización (formación de guardia nacional o policía militarizada), reafirma los grandes intereses corporativos (consejería de los plutócratas que seguirán detentando la propiedad de los grandes medios de producción y comunicación) y simula obedecer al pueblo (pacificado con políticas asistencialistas en aras de preservar los niveles de popularidad plasmados en las encuestas).

Sobre el pretendido gobierno democrático representativo, derivado del postulado «el poder del pueblo, por el pueblo y para el pueblo», se yergue el poder personalizado de un caudillo político peculiar y carismático que supone la unidad abstracta de todos haciendo tabula rasa de conflictos, contradicciones y desigualdades. Es el liderazgo

¹³ Alfonso Reyes, *Cartilla moral. Conciencia del entorno*, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León, 2005.

¹⁴ Alejandro Ortiz, *Laicidad y reformas educativas en México: 1917-1992*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2015.

¹⁵ Andrés Manuel, «Fundamentos para una república amorosa», *La Jornada*, 6 de diciembre de 2011.

¹⁶ Andrés Manuel López Obrador, *No decir adiós a la esperanza*, México, Grijalbo, 2012.

¹⁷ «El gran empresario, con su moral burguesa, vive del trabajo de la clase obrera, oprimiéndola, y utiliza la caridad para glorificarse» (Marx).

¹⁸ Edward Thompson, *Tradición, revuelta y conciencia de clase*, Barcelona, Crítica, 1984.

¹⁹ Enrique Dussel, *14 tesis de ética. Hacia la esencia del pensamiento crítico*, México, Trotta, 2016.

²⁰ David Pantoja, «¿Cesarismo en México? Algunas notas para su esclarecimiento», *Este País*, núm. 182, 2006.



Aunque AMLO abarrotó las plazas públicas y su organización política se considera un partido-movimiento, Morena es un partido sin masas: en mayo de 2018 disponía de **319 mil 449 afiliados**, el **sexto lugar** entre ocho partidos con registro INE.

reconcentrado en un hombre poderoso, que sin embargo obstruye la formación de otros liderazgos sucesorios dentro del partido gobernante y que supedita a los otros poderes a la figura presidencial, al menos los diputados, senadores, congresos locales y gobernadores, por lo cual concentra una capacidad política que le permitiría hacer los cambios constitucionales que convengan al presidente. En la restauración del presidencialismo mexicano se otorga preponderancia al hombre fuerte, el jefe máximo, ante las instituciones políticas, aun cuando poder no deja de estar acotado por el poder del gran dinero, y eventualmente puede ser doblegado por la oligarquía, los barones del dinero y el imperio, que ejerce su predominio continental. El contrapeso no está en los organismos autónomos y los partidos de oposición sino en el poder popular, el cual es irreconciliable con los intereses materiales de la burguesía.

Concentrar las facultades presidenciales en la personalidad carismática y las convicciones ideológicas del presidente, más que democra-

tizar el poder —en vías de configurar un poder popular— lo fetichiza, pues procura encarnarlo, al extremo de asumirse el mismo como el sujeto de la historia, por encima de la masa social a la que dice representar.

En tal sentido, no tiene un perfil semejante a los gobiernos progresistas del giro latinoamericano posneoliberal, al menos en su vertiente más radical, pero sí del reformismo de tipo neodesarrollista y populista, con la peculiaridad geopolítica de que pervive el entreguismo o sumisión a los poderes estadounidenses. Más aún, renuncia a ejercer un liderazgo en la región latinoamericana, donde los gobiernos progresistas han sido minados por el imperialismo y las oligarquías. Prefiere recluirse en una ahora anacrónica doctrina Estrada, otrora progresista, de «no intervención» y en el aserto nacionalista de que «la mejor política exterior es la política interior», cuando el mundo actual está perfectamente globalizado y los llamados intereses nacionales son horadados por intereses multinacionales, los del capital global.

Políticamente ya es inviable, resulta conservador, recluirse en los asuntos de un solo país.

El príncipe ungido

Más que un partido de la transformación social, Morena es un partido convencional, electorero, sumergido en los meandros de la democracia liberal. Un partido organizado para votar, como ha sido la mística de la izquierda electoral de corte socialdemócrata y nacionalista en México, no abocado al cambio estructural sustantivo. Con persistencia, después de padecer dos fraudes electorales recientes, logra su propósito con creces: alcanzó 53% de los votos —una mayoría que no requeriría segunda vuelta, en el caso hipotético de que se implementara esa disposición—, la mitad de los cuales provienen de su reserva histórica y la otra mitad se compone de sufragantes noveles y de ciudadanos que otorgan el voto útil dado que ya no soportan los agravios de los gobiernos derechistas neoliberales.

Morena no es el príncipe moderno en el sentido gramsciano (el partido que conforma la voluntad colectiva nacional popular), el nuevo príncipe es AMLO; ni la vanguardia revolucionaria en el sentido leninista (partido clasista del proletariado), apenas es un partido pragmático que teje alianzas con partidos de ultraderecha (PES) y centro-izquierda (PT) y que capta a personajes disímbolos de la clase política tradicional de todas las orientaciones ideológicas. Resueltamente es un partido subsumido a la lógica electoral: una maquinaria organizada para ganar elecciones y una agencia de distribución de funcionarios en las esferas del poder público y la burocracia gubernamental. AMLO ha definido a Morena como «una fuerza política y moral», pero en los hechos, de conformidad a sus alianzas, se ha decantado como una fuerza política proempresarial, nacionalista y moralista, además de retocarse con un dejo confesional y derechista, muy lejos está de ser una fuerza clasista, internacionalista, materialista, mucho menos socialista o comunista, como para impulsar una profunda transformación social.

Aunque AMLO abarrota las plazas públicas y su organización política se considera un parti-

do-movimiento, Morena es un partido sin masas que cuenta con una exigua militancia de ciudadanos, organizaciones y movimientos sociales.²¹ No obstante, desde arriba se fueron registrando afiliaciones y adhesiones de personajes conspicuos de diversos partidos políticos, los llamados «chapulines», que buscan ocupar puestos públicos. De ello se deduce que los movimientos sociales o los grandes sectores de masas no respaldaban abiertamente o de manera militante el «proyecto alternativo de nación», pero tampoco existía una preocupación fidedigna del partido para articularse con la variopinta sociedad civil, especialmente con las clases subalternas, en aras de una «cuarta transformación».

Lejos está Morena de ser, por ejemplo, un partido de los trabajadores y campesinos que se proponga organizar, concientizar y movilizar a las clases subalternas en pos de un proyecto orientado por el propósito de un «cambio verdadero», en una pauta de transformación social que emule y actualice a la vertiente social de la Revolución mexicana («interrumpida», «traicionada» o «aniquilada», según sea interpretada) sino que es un partido tradicional, seducido por las elecciones, con la peculiaridad de que postula a un candidato de corte entre caudillista y mesiánico (quien dice basarse más en sus «convicciones personales» que en un programa político claramente expuesto) para impulsar un proyecto nacionalista burgués.

Por más que su registro reciente bajo el acrónimo de Morena lo aparente, no se trata de partido nuevo, es una transmutación del Partido de la Revolución Democrática (PRD) —en vías de extinción—, que, a su vez, proviene de deyecciones del Partido Revolucionario Institucional (PRI) y de la izquierda nacionalista (Partido Mexicano Socialista [PMS], finado), incluso sus personeros ya han ocupado puestos gubernamentales y legislativos con resultados contrastantes, sin profundizar en una agenda de transformación, más bien impulsando modestas reformas o sumándose a las contrarreformas neoliberales. Funciona como una poderosa agencia de colocación y reciclaje de diputados y senadores (la nueva aplanadora en funciones), secretarios de Estado, gobernadores, presidentes municipales y una exuberante burocracia estatal. Existen elementos de valoración previos, como el desempeño del gobierno del Distrito Federal (ahora Ciudad de México), que han detentado en cuatro administraciones sucesivas y varias gubernaturas. En ningún caso se destaca una administración de cambio político significativo, lo que refulge es una forma convencional de gestión vinculada con los poderes económicos y políticos. Aunado al hecho de que, para lavarse el rostro, quienes destacan negativamente por cometer actos

²¹ En mayo de 2018 disponía de 319 mil 449 afiliados, el sexto lugar entre ocho partidos con registro en el Instituto Nacional Electoral (INE), según el «Padrón de afiliados a partidos políticos», en <https://www.ine.mx/actores-politicos/partidos-politicos-nacionales/padron-afiliados/>

de corrupción o cambiar de partido son acusados por el líder como «traidores», de esta forma se mantiene impoluto.

Su matriz ideológica ha sido el nacionalismo revolucionario, es decir, el nacionalismo burgués del viejo PRI. No puede asegurarse que sea un partido de izquierda —movido por el objetivo de la igualdad, la democracia, la emancipación—, puesto que está inmerso en el terreno ambiguo de alianzas oportunistas de centro-izquierda, tejidas por el consenso neoliberal de las élites o, a lo sumo, por el reformismo que quisiera conferirle un «rostro humano» al capitalismo. Carece de una ideología definida, en el sentido de sistema de ideas que le confiera claridad programática, articulación de ideas fuerza y vínculos con la praxis transformadora; entonces se adapta a las condiciones y coyunturas electorales; y en lugar de una militancia concientizada y cuadros políticamente formados, depende de la voluntad política de un solo hombre, el líder, quien toma las grandes decisiones, desde las candidaturas y discursos, hasta los proyectos y acuerdos.

Bueno y sabio

Para AMLO, el «pueblo bueno» debe ser guiado por un líder honesto, como se autodefine, y un gobierno austero, como el que encabeza.²² Por ello aspira a configurar una «república amorosa» regida por una cartilla moral y dirigida por un paternalismo austero, donde se considera que los gobernantes y grandes empresarios, la clase dirigente, deben acompañarse de las clases populares. En este esquema, la noción de pueblo resulta una idea premarxista, cuando no idílica, que prescinde del concepto de lucha de clases y de revolución, para mejor hablar de amor y regeneración. El pueblo sería, entonces, una unidad armónica, incluso una comunidad religiosa, cristiana, que más que una utopía poscapitalista puede ser considerada como una utopía conservadora.²³

²² Andrés Manuel López Obrador, 2018. *La salida. Decadencia y renacimiento de México*, México, Planeta, 2017.

²³ Jules Michelet, *El pueblo*, México, Fondo de Cultura Económica, 2005.

Sin embargo, el pueblo contiene múltiples contradicciones de clase, género, etnia y subjetividad. Pero en la trama electoral, el partido ha cumplido eficazmente la labor de organizar a los desorganizados para votar, quienes luego serán desmovilizados para poder gobernar sin restricciones. Ejemplo de ello es el uso de discursos demagógicos a la usanza del nacionalismo-revolucionario priista de viejo cuño y la liturgia laica que apelan al «pueblo bueno y sabio» que habrá de avalar mediante «consultas» los megaproyectos, muchos de los cuales obran en contra del interés popular; o la reiteración de la frase «por el bien de todos, primero los pobres», cuando llevan mano las cúpulas empresariales en los grandes proyectos y programas de expansión de espacios de inversión privada.

Hay un énfasis en la unidad nacional a partir del papel del Estado, la subordinación del partido como un apéndice, el pueblo como una base social pasiva y el empresariado como el agente de desarrollo. Pero la unidad en abstracto alrededor de un proyecto de nación es inviable ante la realidad de una sociedad contradictoria, desigual, dividida.

Un peligro societal se cierne en el país dado los brotes de (neo) fascismo entre sectores sociales que están siempre al amparo del poder para agredir a sectores subalternos convertidos en antagonistas. El fascismo es un sistema totalitario que alienta el nacionalismo, la xenofobia y el racismo. En su fase económica, suele ser corporativo, poniendo al servicio de la burguesía nacional la industria y la economía en general.

Con todo, es menester construir un sujeto de la transformación social frente a una sociedad civil aburguesada: partidos (conservadores, derechizados, oportunistas, pragmáticos), movimientos (posmodernos, identitarios, esporádicos, fragmentarios, monotématicos) y sindicatos (organismos corporativos de control obrero) desde esferas autónomas e independientes, no corporativizadas o usadas como soportes electorales de gobiernos de turno. El desafío mayor es organizar y concientizar a las clases populares, a los trabajadores y los sectores adyacentes. No sólo para actuar de manera independiente frente al gobierno lopezobradorista sino para replantear un proyecto político de genuina transformación social, una tarea que todavía no se han planteado las organizaciones, movimientos y partidos políticos.

¿Quién es el sujeto de la transformación?

Ante la tentativa de configurar un nuevo bloque de poder, se ha apostado por tejer alianzas políticas a nivel de las élites con líderes empresariales, políticos y sindicales, además de medios de comunicación, sin importar intereses e ideologías dispares. Es decir, desde sus orígenes, la pretendida «cuarta transformación» se ha orquestado como un proyecto de cambio sin sujeto. El sujeto de la transformación no es el pueblo sino acaso un sujeto amalgamado

desde arriba, inoculado en el gobierno, y dentro de esta esfera de poder, el presidente en turno, con ese peculiar «estilo personal de gobernar», está interesado en reeditar el presidencialismo de la vieja escuela nacionalista para rearticular a la burguesía nacional y a la masa informe del pueblo con objeto de troquelar el movimiento sociopolítico que puede ser designado como *lopezobradorismo*, pero entonces surge la paradoja de que se presenta un sujeto embrionario sin proyecto de transformación.

La inexistente burguesía nacionalista

En el discurso neoliberal, al cual se pliega AMLO, el empresario mexicano se presenta como el principal agente del desarrollo porque, se argumenta, genera empleos, riqueza y crecimiento, por tanto, hay que facilitarle las mejores condiciones de inversión y garantizar su rentabilidad. Sin embargo, los magnates han sido prohijados por el Estado, viven a expensas de los favores gubernamentales expresados en contratos, adjudicaciones, concesiones, exenciones y... corrupción. La burguesía nacional no tiene sentido nacionalista, como supone la ideología morenista, sino meros intereses capitalistas. En todo caso, es una *lumpenburguesía*.²⁴ No existe esa idealizada burguesía nacionalista; existen burgueses mexicanos dependientes del Estado y supeditados a las burguesías multinacionales que comandan los mercados mundializados y detentan la propiedad de los grandes medios de producción e información globales. Resulta inviable un desarrollo «nacional» basado en la agencia de la burguesía «nacionalista» y la restauración del mercado interno por ese empresariado para convertirlo en el motor del crecimiento.

En el sentido capitalista, no son empresarios innovadores sino agentes rentistas: pagan *royalties* (regalías) y capturan sobreganancias monopólicas. Contrariamente a su ideología neoliberal antiestatal, en la práctica son estatistas: no pagan impuestos, pero se desarrollan bajo la tutela del Estado (concesiones, rescates, exenciones). Sus inversiones orientadas por la especulación y la codicia son apalancadas con créditos otorgados o respaldados por agencias estatales y son además garantizados por las propias concesiones estatales. No reconocen que el trabajo es la fuente generadora de valor,²⁵ cosa que se atribuyen, y desvalorizan el mundo del trabajo imponiendo un régimen laboral basado en empleos mal pagados,

²⁴ Es decir, «en las cumbres de la sociedad burguesa se propagó el desenfreno por la satisfacción de los apetitos malsanos y desordenados, que a cada paso chocaban con las mismas leyes de la burguesía (...), desenfreno por el que el placer se convierte en crápula y en que confluye el dinero, el lodo y la sangre» (Carlos Marx, «Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850», en Carlos Marx-Federico Engels, *Obras escogidas*, tomo I, pp. 128-129, Moscú, Progreso, 1966).

²⁵ En términos del valor, no crean empleos sino que el producto del trabajo social, la plusvalía, genera el fondo dinerario con el cual se podrán hacer los adelantos subsiguientes para la contratación de fuerza laboral, donde sea requerida.

promovido por el Estado con legislaciones anti-laborales y el control político de los sindicatos. En términos del desarrollo, no existe el mítico «efecto derrame»: según la teoría convencional la inversión y ganancias empresariales gotean sus beneficios al conjunto de la sociedad. Por lo tanto, la oligarquía mexicana es un craso ejemplo de la lumpenburguesía, es decir, forma el último eslabón de cadenas globales de valorización y están subordinadas política e ideológicamente a los centros del capitalismo mundial.

A diferencia de un pueblo desclasado, de movimientos multclasistas y coaliciones políticas contranatura, la burguesía, pese a ser numéricamente inferior, sí tiene conciencia de clase y está muy bien organizada, además de que dispone de los medios de producción y comunicación, y ejerce su poder para doblegar a los gobiernos de turno para que administren sus intereses de clase.

Gobierno bicéfalo.

¿Un gobierno nuevo o hereditario?

Desde una perspectiva maquiavélica, AMLO parecería seguir un gobierno de tipo hereditario,²⁶ en el sentido de que considera aplicar políticas de continuidad (neoliberales) y no alterar el orden establecido (capitalismo), en lugar de cambios radicales, como corresponde a un gobierno nuevo, donde tendría que afectar intereses (los de la «mafia del poder»),²⁷ pero en vez de ello se alía con la oligarquía y atiende disciplinadamente las «señales del mercado». Los trabajadores, sindicatos y movimientos sociales, pasan a segundo plano, acaso como entidades pasivas de apoyo guarecidas bajo el término genérico del «pueblo bueno y sabio».

Figurativamente, es un gobierno bicéfalo, que recuerda a Jano, de la mitología romana, con un rostro mirando al pasado (el idílico priismo

²⁶ «Es más fácil conservar un Estado hereditario, acostumbrado a una dinastía, que uno nuevo, ya que basta con no alterar el orden establecido por los príncipes anteriores, y contemporizar después con los cambios que puedan producirse» (Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*, Elaleph.com, 1999, p. 7).

²⁷ Andrés Manuel López Obrador, *La mafia nos robó la presidencia*, México, Grijalbo, 2007.

estatalista y nacionalista del «desarrollo estabilizador» o «milagro mexicano» [1954-1970] con crecimiento promedio de 6.8%, crecimiento industrial de 8% e inflación de 2.5%) y otro mirando el futuro (la presunta «cuarta transformación» de la república que no termina de negar su esencia neoliberal capitalista). Pero también es un gobierno de doble cara: con un rostro mirando a la derecha (empresarial) y la otra a la izquierda (asistencialismo).

No obstante el caudal de votos y la legitimidad de su gobierno, AMLO no detenta realmente el poder, pues éste radica en el gran capital, la banca y las corporaciones, la gran burguesía que concentra el dinero y acapara la riqueza procreada, evidentemente, por el trabajador, no por los empresarios ni por el gobierno. Sin duda, el poder lo tiene la burguesía no el presidente en turno.²⁸

Bajo el mantra de la austeridad, una premisa central del neoliberalismo,²⁹ el Estado se desmantela y se desvaloriza la función pública, para ceder, una vez más, la iniciativa al sector privado, esto es, el gran capital.

²⁸ AMLO argumenta: «Se va a separar el poder económico del poder político. Ya el gobierno no va a ser un comité al servicio de una minoría rapaz, el gobierno va a representar a todo el pueblo, a ricos y a pobres, va a ser un gobierno democrático, el poder lo va a tener el pueblo, ninguna minoría va a seguir dominando, el único que va a dominar en México va a ser el pueblo de México».

²⁹ David Stuckler y Sanjay Basu, *El costo humano de las políticas de recorte. Por qué la austeridad mata*, México, Taurus, 2013.

La nueva aplanadora acotada

La tentativa de transformación pasa por desencadenar el poder popular, un poder a la vez destituyente (desmontaje del viejo régimen) y constituyente (construcción de una nueva institucionalidad). Sin embargo, dentro del esquema republicano pasa por el parlamento, que es copado por los partidos políticos y sus esquemas de mayorías, cuya toma de decisiones se articula por negociaciones entre los líderes políticos y los grupos de interés empresarial, militar y clerical, además de la injerencia de los centros de pensamiento (*think tanks*) y las determinaciones de organismos internacionales. Además, el parlamento se supedita al Ejecutivo dada la pervivencia del presidencialismo mexicano que concentra las facultades de jefe de Estado y jefe de gobierno en una sola persona.

La mayoría morenista toma la estafeta de la mayoría priista y se apresta a implementar la práctica parlamentaria de la «aplanadora» a efecto de imponer las determinaciones del grupo político dominante independientemente de los debates y fundamentaciones, puesto que en el ejercicio del poder, sobre la razón, gana la fuerza.

Figurativamente, el nuevo gobierno es bicéfalo, con un rostro mirando al pasado (el idílico priismo estatalista y nacionalista del «desarrollo estabilizador» o «milagro mexicano» —1954-1970—) y otro mirando al futuro (la presunta «cuarta transformación» de la república que no termina de negar su esencia neoliberal capitalista). Aunque también es un gobierno de doble cara: con un rostro mirando a la derecha (empresarial) y la otra a la izquierda (asistencialismo).





Recambio en la intelectualidad y la vocería

Como corresponde a un gobierno de la alternancia, en el terreno del debate de las ideas se apresta a hacer acto de presencia un nuevo núcleo de voceros ilustrados y comentaristas en medios impresos, audiovisuales y digitales, que competirá o reemplazará a los comentaristas del anterior régimen.

A la caterva de opinantes, periodistas e intelectuales del periodo neoliberal priista y panista, cercanos a los grandes concesionarios de los medios de comunicación, empecinados en modelar la versión oficial de los hechos y mantener a buen resguardo los intereses del poder económico y político, le sucederán los opinantes lopezobradoristas y eventualmente los reemplazarán —o competirán entre sí— en los puestos centrales del megáfono mediático, que incluye la caja de resonancia de las redes digitales (*twitter, facebook*).

Aquí el desafío estriba en que las nuevas voces sepan ir más allá de la defensa a ultranza del nuevo gobierno y esgriman el ejercicio crítico, al servicio de las causas populares, que no siempre son las del gobierno en turno. Más aún, la creación de

nuevos medios de comunicación, públicos y comunitarios, en contraposición al núcleo duro del capital privado que detenta los grandes medios de comunicación, y que eventualmente serán la cabeza de playa de la restauración neoliberal de derechas, como ha sucedido en América Latina, para cerrar el incierto ciclo progresista.

El desperdigado movimiento popular

El único cauce de participación ciudadana —ni siquiera de poder popular— que imagina el lopezobradorismo es el que le confiere la democracia liberal: el voto. A lo cual se agrega eventualmente la consulta popular sobre proyectos ya decididos con antelación entre las élites, para simplemente convalidar, o, peor a un, simular la consulta en mítines con votación a mano alzada para «aprobar» lo que el líder plantea. El voto siendo masivo y legitimador, además de conferir a su líder el mayor cúmulo de sufragios en la historia, no deja de ser un fenómeno espontaneista, pues procede de una masa desorganizada, fragmentada y, a la postre, inmovilizada.

El voto, siendo masivo y legitimador, además de conferir a su líder el mayor caudal de votos en la historia, no deja de ser un fenómeno espontaneista, pues procede de una masa desorganizada, fragmentada, y a la postre inmovilizada. A lo cual se agrega la consulta popular sobre proyectos ya decididos, para simplemente convalidar lo que el líder plantea.

Frente a la organización de la burguesía nacional y su injerencia en el nuevo gobierno, se echa de menos el activismo popular, a no ser que salga a defender temas inmediatos, sectoriales y temporales, como el salario, el empleo, el acceso al presupuesto y programas públicos y las propias elecciones. La multiplicidad de expresiones de organización social y movimientos han generado una energía social en la antesala del triunfo electoral del lopezobradorismo, pero se corre el riesgo de la desmovilización y, en algunos casos, de la cooptación. El desafío es que no existe un agente colectivo del sector popular, una fuerza social que respalde críticamente, pero también que haga contrapeso al nuevo gobierno, que se atribuye la representación del pueblo y en su nombre dice gobernar.

(Neo)desarrollismo

Por los acuerdos, declaraciones y primeras intenciones, el proyecto de gobierno tiene tintes de neodesarrollismo,³⁰ es decir, el proyecto de nación se articula por el neoliberalismo + el desarrollismo + el asistencialismo (liberalismo social). Más precisamente, consiste en un proyecto de clase que responde al interés de la burguesía multinacional y nacional, un modelo de gestión estatal que tiene más líneas de continuidad con el neoliberalismo que puntos de ruptura, más una formulación tecnocrática siempre atenta a «las señales del mercado» (la rentabilidad del capital) que una emanación del pensamiento crítico, una mirada endogenista que atribuye el subdesarrollo a causas internas (corrupción, violencia) y magnifica la voluntad nacional sin hacer una análisis del marco objetivo del capitalismo contemporáneo.

En añoranza al desarrollo estabilizador (1954-1970), parten de reconocer parcialmente una crisis de la economía, identificada simplemente como falta de crecimiento económico, sin hacer una crítica al patrón de acumulación capitalista, para buscar políticas que impulsen la inversión, el crecimiento y el empleo, como corresponde al dis-

curso desarrollista.³¹ La respuesta está en un programa de expansión del capital mediante la prolongación del TLCAN (renombrado como USMCA/T-MEC según las exigencias de Donald Trump) y diversos programas que amplifican los megaproyectos, la demarcación de zonas francas o zonas económicas especiales, el tendido de «cortinas de desarrollo» como contendores de la migración forzada, en un marco de negociaciones cupulares con el sector empresarial que ofrece la garantía de la inversión preferente para grandes empresarios y becas para subsidiar la nómina de las empresas, además de que se preservan las reformas neoliberales y se niega la posibilidad de modificar el marco constitucional en los primeros tres años de gobierno. Como ha hecho el neoliberalismo con su «nueva política social», se promueven programas de «inclusión social», de corte asistencialista y clientelar, lo cual será el puntal del populismo lopezobradorista, pero sin hacer verdaderos cambios estructurales favorables a las clases trabajadoras y campesinas.

Dejando atrás la idea de un «proyecto alternativo de nación» filoizquierdista, el equipo de AMLO presentó el *Pejenomics*,³² el ideario neodesarrollista que traza el sendero empresarial filoderechista para congraciarse con «los mercados» donde primero es la macroeconomía y el recetario capitalista. Prendado del nacionalismo burgués, el Estado mexicano establece una alianza con la oligarquía nacional y multinacional para organizar y expandir los mercados, garantizar la propiedad privada y la rentabilidad de los planes de negocios. Establece como primacía el interés de los mercados y sus capitales, emparentándolos con el interés de la nación. La vena proempresarial salta a la vista: «La intención del abanderado presidencial es hacer funcionar un gobierno de la mano con los empresarios».³³ La proclama de «separar el poder político del poder económico» es una declaración efectista, mediática, que no se implementa en la práctica.³⁴ En todo caso, el pronunciamiento es claridoso: «Los empresarios piden responsabilidad financiera y se les va a cumplir más de lo que creen».³⁵

³¹ Jesús Ramírez (coord.), *Nuevo proyecto de nación. Por el renacimiento de México*, México, Grijalbo, 2011; Andrés Manuel López Obrador, 2018. *La salida. Decadencia y renacimiento de México*, México, Planeta, 2017.

³² Abre más los ojos, *Pejenomics: hacia una economía para todos*, s.f., en <https://drive.google.com/file/d/1GQgu7iT-fGn-HTFNJY9WyAXgeBuAu0jo/view>

³³ Tatiana Clouthier, «Sembrar la paz», en <https://twitter.com/sembrarlapaz/status/994235211746492423>

³⁴ El jefe de la oficina de la Presidencia estará en manos del multimillonario Alfonso Romo. El Consejo Asesor Empresarial de magnates (Ricardo Salinas, TVAzteca; Carlos Hank, Banorte; Olegario Vázquez, Grupo Ángeles; Bernardo Gómez, Televisa; Daniel Chávez, Grupo Vidanta; Miguel Rincón, Bio-papel; Sergio Gutiérrez, DeAcero y Miguel Alemán, Interjet) inversión público-privada, preponderancia al sector empresarial.

³⁵ Arturo Solís, «México tendrá que ser un paraíso de inversión: Romo», *Forbes México*, 1 de julio de 2018, en <https://www.forbes.com.mx/mexico-tendra-que-ser-un-paraíso-de-inversion-alfonso-romo/>

³⁰ Francisco Suárez, *Crecer o no crecer. Del estancamiento estabilizador al nuevo desarrollo*, México, Taurus, 2013.

Aires de gatopardismo

¿Cuál es el sentido de la «cuarta transformación» cuando el «cambio verdadero» en realidad no significa un proyecto antagónico a la clase dominante? En la plataforma de lanzamiento se establece una supuesta contradicción básica (la corrupción como fuente de todos los males) pero sin antagonismo (la «mafia del poder» forma parte del proyecto), y la ilusoria reconciliación se proyecta a partir de valores morales, postulados nacionalistas y premisas económicas neoliberales («estamos a favor del libre mercado»).

Ubicar la corrupción en el gobierno y el Estado como el problema central entra en sintonía con un discurso que ya había sido elaborado por la derecha panista, los organismos internacionales y las organizaciones civiles empresariales. Se aleja de los estudios críticos sobre la explotación y las contradicciones del capitalismo, que en realidad nunca han formado parte del repertorio lopezobradorista. En esa línea, plantea que el gobierno del Estado sea el factor de conciliación de intereses entre ricos y pobres.

El discurso de lucha contra la «mafia del poder»³⁶ contrasta con la adopción de personeros «mafiosos» en los puestos clave de toma de decisiones. A diferencia de las dos contiendas anteriores, cuando AMLO fue motejado como «un peligro para México», en 2018 la estrategia ganadora se basó en asumirse como el factor del consenso y la reconciliación, y en términos prácticos estableció pactos inconfesables con la clase política y logró dividir a la oligarquía, una parte de la cual se sumó a su proyecto (aunque los barones del dinero siempre apuestan a todas las opciones). El mensaje fue otorgar amnistía a los corruptos y «borrón y cuenta nueva», cuando lo que se quiso decir es que no se afectarían intereses y se continuaría con el modelo económico-político. Además de abrir espacios en candidaturas y ga-

³⁶ Cristóbal Martínez, «AMLO expresa su apoyo al libre mercado», *Expansión*, 4 de diciembre de 2018, en <https://expansion.mx/economia/2018/12/04/amlo-expresa-su-apoyo-al-libre-mercado>

³⁷ Andrés Manuel López Obrador, *La mafia que se adueñó de México...*



binete a personeros de las más disímolas ideologías e intereses y ofrecer políticas asistencialistas a los menesterosos.

Colofón

Inscrito en los parámetros de la democracia liberal dentro de un país capitalista subdesarrollado, el triunfo electoral lopezobradorista no es producto de un genuino proyecto de izquierda y de una reconversión ideológica de la mayoría del pueblo sino primordialmente de un estrepitoso colapso del bloque hegemónico y la consecuente reemergencia de una amplia coalición de centro-izquierda-derecha, con una clara inclinación hacia el flanco derecho, nutrida por una pléyade de políticos tránsfugas del panismo, el priismo y perredismo, que abandonaron su barco antes del hundimiento, y de empresarios, la mayoría procedentes de la anquilosada clase política mexicana que ha venido avalando las reformas neoliberales sexenio tras sexenio, muchos de los cuales fueron señalados como partícipes de la «mafia del poder».

Las críticas al obradorismo y su «cuarta transformación», un proyecto de regeneración capitalista, provendrán desde las antípodas políticas: la derecha (procapitalista) y la izquierda (anticapitalista) y sus puntos intermedios, pero por distintas razones, no porque «los extremos se juntan». El juego del equilibrista («gobernar para todos, ricos y pobres») no es sustentable, estará expuesto al



Prendado del nacionalismo burgués, el Estado mexicano establece una alianza con la oligarquía nacional y multinacional para organizar y expandir los mercados, garantizar la propiedad privada y la rentabilidad de los planes de negocios. Fotografía: Cuartoscuro

desgaste y a la decantación de determinados intereses, puesto que las desigualdades y contradicciones sociales no se diluyen por un liderazgo político.

Algunos antecedentes siembran dudas fundadas. Los antecedentes de Morena y AMLO se remiten a los 20 años del gobierno del PRD en la Ciudad de México. Esta experiencia se ha mitificado, para alejarla de la crítica y fortalecer a la izquierda electoral; sin embargo, la realidad es que esta gestión de gobierno perredista ha sido controvertida hasta llegar a un estrepitoso colapso, que fue superado con la emergencia misma de Morena. Entonces, ¿qué garantiza que el virus de la descomposición del PRD no está inoculado en Morena?

Ante la eventual construcción de un nuevo régimen de gobierno, ¿cuáles son las garantías de que lo que ha pasado con los gobiernos progresista latinoamericanos no le suceda al gobierno lopezobradorista? Más aún cuando el contexto internacional no ofrece una bonanza en los precios de las materias primas y además se afronta una gran violencia. La experiencia reciente muestra que los procesos de transición son prontamente reversibles. Por si fuera poco, el proyecto lopezobradorista contiene más líneas de continuidad con el neoliberalismo que puntos de ruptura y mucho menos intenciones de cambio verdadero. De manera timorata se niega la posibilidad de emprender un cambio de régimen político, para dejarlo en un imberbe cambio de gobierno. No se admite la necesidad de emprender una

auténtica reforma del Estado, para que deje de ser un mero aparato de administración oligárquica y un instrumento de dominación y coerción, con objeto de convertirlo en un entramado instituido e instituyente del poder popular, razón por la cual necesariamente se tendrían que afectar grandes intereses y realizar cambios más profundos en el patrón de acumulación de capital, actualmente supeditados a los capitales monopolistas, los tratados de libre comercio, la sobreexplotación del trabajo y la depredación de la naturaleza.

Pese al triunfo, el mayor riesgo que corre esta formación gubernamental es decepcionar a sus votantes y enterrar las aspiraciones de cambio estructural, lo cual puede degenerar en un mero oportunismo político que capitaliza una apremiante necesidad social de transformación para satisfacer la ambición de un sector de la clase política empecinado en ocupar los principales puestos ejecutivos y parlamentarios con objeto de ejercer su voluntad de poder, pero sin representar los intereses reales de las clases populares, a quienes dicen representar. 🐦